

Nicolás Casariego

CARMEN LAFORET – TODO O NADA

Cuando se leen varios libros seguidos de un escritor, se tiene la sensación, en ocasiones errónea, de que se es capaz de seguir su camino, de entrever el alma del autor. La relectura de “Nada”, y la lectura de “La llamada” y de “La mujer nueva”, de Carmen Laforet, además de sumirme en ese estado de excitación en el que sólo te deja la alta literatura, me ha producido esa impresión.

No es difícil comprender la polvareda que levantó la publicación de “Nada”, la novela que obtuvo el primer Premio Nadal, en 1944. Carmen Laforet una mujer joven y atractiva, irrumpía como un vendaval en el triste panorama literario español de la posguerra. Leída hoy, más de cincuenta años después, no ha perdido ni un ápice de fuerza ni de modernidad.

“Nada” es una novela turbulenta, eléctrica y a la vez pausada. Como ocurre con toda gran novela, se pueden decir tantas cosas de ella que se llega a pensar que quizá lo mejor sea callarse. Uno sabe que jamás va a poder olvidar el piso barcelonés de la calle Aribau, ese lugar relativamente pequeño, pero capaz de albergar una decadencia, una lóbreguez y una locura verdaderamente insondables. Tampoco va a olvidar a Andrea, la hambrienta y desorientada narradora y protagonista; ni a su tío Román, ese artista malogrado y demente; ni a Ena, esa niña bien felina y brillante, de la que, pese a las apariencias, convendría desconfiar; ni a esos adinerados bohemios que se piensan artistas, pero que, carentes de alma, sólo saben jugar. Todos los personajes de “Nada” viven en una atmósfera opresiva, la de la Barcelona de la posguerra. Respiran un aire sólido, húmedo, que corta la respiración. Todos hablan, pero dicen mucho más de lo que creen, y todos son turbios, aunque algunos no lo parezcan. El estilo de la novela es preciso, lleno de imágenes logradas, y transmite una mirada, la de Carmen Laforet, que quiere ser tranquila y cálida, pero que en todo momento parece a punto de estallar. En “Nada” los sentimientos puros se desvanecen, como si no dejaran rastro, para brotar de repente y volver a desaparecer después. Hay vacío, pasiones y mezquindades agazapadas bajo las apariencias, soledad, dificultad para conectar con el mundo y las personas que lo habitan, decepción, preguntas sin respuesta, lucha por la libertad, crisis de valores, rareza que no puede ni sabe afirmarse sobre las espaldas de los otros, gritos. En “Nada” se siente, como dice Andrea, “dolor como si arrancaran a tiras nuestra piel para ver las venas palpitando entre los músculos...” Es una novela que transmite una rebeldía distante pero firme, la de alguien que mira el mundo de lejos y que en cualquier momento puede darle la espalda, porque aborrece lo que ve. Al leerla la vida bulle, pero te deja sin fuerzas, en la nada más absoluta, sin otra esperanza que la lucidez que ha hecho posible la existencia de “Nada” y la de otras obras maestras de la desolación.

Tras su segunda novela, “La isla de los demonios”, llegaron los relatos de “La llamada”, publicados en 1954, diez años después del éxito fulgurante de “Nada”. Un éxito que quizá no fue fácil de asumir para Laforet, en parte por el ambiente de la época y su condición de mujer. Y se diría que nos encontramos ante una autora diferente. No cambia la calidad de la prosa, ni el talento, ni el

ambiente de la posguerra, pero sí el fondo. Si “Nada” estaba llena de preguntas, ahora parece que hay respuestas. Si en “Nada” los personajes eran turbios, aquí son diáfanos. Si en “Nada” había misterio, aquí la vida se reduce a una visión cristiana de la vida, un tanto maniquea, en la que las personas son buenas o malas, y sufren según sus pecados. Los relatos de “La llamada” se leen como buenos cuentos de Navidad, en la tradición más clásica. Como si esos valores cristianos, esa espiritualidad decimonónica, fuera la respuesta a la que la autora se aferró para no dar la espalda al mundo. En la nobleza, en la bondad, Carmen Laforet quiso encontrar la paz, la protección, y lo hizo a través de cuatro relatos deliciosos.

Supongo que la lectura de “La mujer nueva”, su tercera novela, allá por 1955, en la que una mujer inestable alcanza la felicidad al convertirse al cristianismo, volvió a sorprender a muchos lectores. ¿Está escrita por la autora de “Nada”? se preguntarían otra vez. Sí. ¿Es “La mujer nueva” simplemente una novela “beata”? No. Es una novela realmente inquietante, una de esas raras joyas que transmite mucho más de lo que el autor quizá pretendió.

Paulina, la protagonista, es Madame Bovary. Y Carmen Laforet, Flaubert al revés. En ambas novelas las protagonistas femeninas viven un vacío existencial que sufren sin saberlo analizar ni resolver, y ese vacío, ese ahogo fruto de su carácter, de las convenciones sociales y de la precaria situación de la mujer, las precipita primero hacia una atormentada pasión carnal –el adulterio-, y después hacia una religiosa –la revelación, la conversión, la fe, Dios-. Madame Bovary se suicida. Paulina, que ha estado a punto de ingresar en un convento, vuelve con su marido al que no ama y con su hijo al que no necesita, entendiendo el matrimonio y la maternidad como sacrificios cristianos, como celdas en las que uno puede encontrar, al fin, la serenidad.

La visión del autor francés y de la escritora española de una peripecia semejante es opuesta. Si Flaubert relata una tragedia insustancial y mira a su personaje desde la distancia, lo arrastra, lo manipula y lo deja caer, utilizándolo para criticar una sociedad y un modo de vida, Laforet refiere una salvación y parece identificarse con su protagonista. Si Flaubert ve en la conversión de Bovary un desvarío de una mujer histérica, Laforet ve en la huida final de Paulina, en el abandono de su lucha por ser libre, en su repentina elección de una terrible soledad en compañía de espectros –su familia- y de Dios, una respuesta lógica a su desorientación, a la mezquindad del mundo, a la decepción que supone vivir en una sociedad tan gris como la franquista. Donde uno ve demencia, la otra madurez, crecimiento. Pero el lector, siempre libre, puede leer “La mujer nueva” como la magnífica crónica de un desequilibrio, el de Paulina, víctima de sí misma y de un entorno hostil, que desemboca en su anulación, en una locura sólo aparentemente feliz. El viaje, como en “Madame Bovary”, sería de la nada al todo, y, después, de regreso a la nada. Bovary y Paulina serían el mismo personaje. La vuelta al redil de Paulina no sería el relativo éxito que sugiere Laforet, sino su último grito desesperado, su definitiva derrota, su huida sin esperanza, su caída en el abismo. La novela, en suma, no acaba “bien”, como se desprende de la voz del narrador en las últimas páginas, sino que, mediante una vuelta de tuerca del lector, gracias a la hondura y la destreza con las que está trazado el personaje de Paulina, nos deja helados, sin respiración. Tan helados como nos deja Jacob Von Günten, el inolvidable personaje de Robert Walser, ese chico que dice ser feliz viviendo en una fantasmagórica y opresiva escuela de mayordomos. Así, el título, “La mujer

nueva”, se convierte en una ironía más. “La mujer nueva” contiene una crítica acerada y certera del ser humano y de las sociedades que construye, un grito tan potente que ensordece incluso a la propia autora, que se rinde junto a su personaje, incapaces ambos de seguir luchando. Ya lo apuntaba Laforet en “Nada” por boca de Andrea, al decir que tal vez el sentido de la vida para una mujer no estuviera en mirar, ni en escuchar los venenos y torpezas de los otros, sino en vivir plenamente la propia desesperación y alegría, en la llamada del aislamiento.

La literatura de Carmen Laforet es verdad en el sentido de que la autora eligió, consciente o inconscientemente, un camino que consideraba noble y tranquilizador, en detrimento de su propia literatura. En lugar de jugar con máscaras para tratar de llegar más lejos o de esconderse, como hacen casi todos los escritores, Laforet se vio impelida a mostrar su complejo camino vital sin quizá saber hasta que punto se estaba desnudando. Víctima de su talento, de su inteligencia, y de su sensibilidad extremos, en suma, de su devastadora lucidez, apostó por el retiro. Todo o nada. Al final lo que nos queda es el misterioso y extraño recorrido de una escritora fabulosa, irreplicable, que nadie debe dejar de leer. Carmen Laforet.

Nicolás Casariego, 2006